

UN PRÓLOGO PROPIAMENTE DICHO

Durante mucho tiempo vacilé si no sería más sencillo escribir, en lugar de un prólogo, unas cuantas palabras a modo de epígrafe. Por ejemplo: *Éste no es un libro de pensamiento, sino de comprensión*. Porque en realidad es eso. Quienes quieran buscar en sus páginas dialéctica, demostración o controversia se llevarán una desilusión. Cuando se escribieron las páginas que siguen, no me interesaba el pensamiento propiamente dicho, sino la comprensión. La cual es, como cualquiera puede constatar, absolutamente diferente del «pensamiento». Podemos pensar mucho y bien y, no obstante, no entender nada. La diferencia esencial entre la juventud y la vejez es que la primera practica el pensamiento, mientras que a la otra le corresponde la comprensión.

Como es un sencillo libro de «comprensión», o sea, de experiencia personal y de afirmación, temía que se tomase por algo distinto a lo que es en realidad. Sobre todo temía que lo relacionaran demasiado conmigo, como individuo y como autor, aun cuando no tenga relación con nada; o quizá sólo con acontecimientos que hoy tengo ya olvidados. No se escribió ninguna página «reflexionando» ni se sacó ninguna conclusión acudiendo a la dialéctica. En este libro únicamente hay constataciones, testimonios; no en el sentido de confesión dramática, sino en el de simple presencia; testimonios de algo que vi o entendí; declaración. Por ello, aunque esté relacionado con acontecimientos y estados de ánimo totalmente personales, todo cuanto he escrito me

parece más «impersonal». Esta aparente paradoja no lo será para quienes saben que solamente la vivencia desnuda, auténtica, puede convertirse en un «hecho»; es decir, que se puede superar, olvidar, y tal vez pueda sobrevivir a la memoria.

Este prólogo que estoy escribiendo ahora me intimida, lo confieso. Creo que tendría que haber añadido un prólogo a cada uno de los libros que he publicado. No para justificarlos o explicarlos (por más que eso no constituya motivo de vergüenza). Sino en primer término para testimoniar por qué los escribí y cómo. Quizá al lector no le digan nada tales prólogos o bien los encuentre incluso abusivos. Y eso me parece una extraña injusticia que, en el presente libro, estoy decidido a reparar. Les confieso que tengo el firme propósito de decir aquí todo cuanto no pude decir en los prólogos de mis otros libros. Si ahora me siento un tanto intimidado se debe a la multiplicidad de confesiones tanto tiempo aplazadas.

Me gustaría escribir una guía para el lector, aunque sin dejar de hablar de mí. Por otra parte, hace mucho que me tienta la idea de escribir un manual de introducción a la técnica y el disfrute de la lectura. No sé si alguna vez me pondré manos a la obra. Lo que quiero escribir ahora es algo muy sencillo: una invitación al lector para que lea este libro tal y como se improvisó. Dice Chesterton en alguna parte que, cuando se tiene prisa, se ha de tomar el camino más largo. No sé si esa frase expresa la verdad. Pero estoy seguro de que, cuando se tiene prisa, se toma el camino más peligroso, el más patético. Tengo una forma de ser muy tranquila, muy reposada, y me entra el pánico siempre que he de escribir algo para el público o hablar para cierto público. (Quienes han tenido ocasión de oírme saben mis lamentables dificultades para hablar y cuán difícil me resulta seguir el hilo de mi pensamiento). Entonces me da la

sensación de que esas personas esperan de mí una verdad que necesitan con urgencia, sin la cual se ahogan, se pierden y se hunden. Es inútil llamarlos a la calma y a la serenidad. Creo que debo decir rápidamente determinadas cosas, cosas graves y eficaces. Y entonces me entran las prisas, salto los obstáculos, cometo errores gramaticales y de lógica (pero ¿qué importancia puede tener todo esto?) sólo para poder alcanzar mi objetivo lo antes posible.

Lo que resulta ridículo es que en ese «objetivo» no hay nada de dramático. No hay ninguna revelación, ¡ay de mí!, ni misterio ni profecía. Es sencillamente una invitación a *entender*, a conocer determinadas cosas de nuestro ambiente o de nuestro corazón. Algo tan simple y asequible al espíritu humano que, probablemente, si no me apresurara ni siquiera las diría. Y, no obstante, la sensación de pánico persiste siempre que me llaman para escribir o para hablar de algo. Persiste la impresión de que se trata de cosas esenciales y urgentes, de cuentas que hay que saldar cuando todavía hay tiempo.

¿Cuando todavía hay tiempo? Pero, a Dios gracias, todavía hay bastante tiempo, dirán ustedes. Yo creo lo contrario. Creo que estamos condenados a consumir nuestro tiempo de forma inútil y que si no lo *perdemos* nunca no significa que lo *tengamos*, que lo dominemos y que lo fecundemos. Estas cosas ya las he escrito en este libro y no tiene sentido repetir las aquí.

Pero, ya me den ustedes la razón o no, he sentido las cosas así y así las he escrito. De forma apresurada, o sea, dramática. Y, para leer el libro con cierta participación, no deben hacerlo ni con premura ni con pasión. Un texto compuesto lenta y cuidadosamente, con perfecto control, puede leerse con rapidez. El pensamiento que lo sostiene es claro, riguroso y rectilíneo. Lo que no captan a la primera ojeada puede reconstruirse casi de forma automática, puede intuirse sin ningún esfuerzo.

Totalmente diferente es el caso de un texto escrito con prisas que quiera expresar cosas de manera rápida y dramática. Si ustedes hacen una lectura rápida, eso no tendrá sentido. Porque lo que interesa no es el final, las *conclusiones* (como un texto elaborado muy despacio), sino las digresiones, los *lapsus calami*, los paréntesis, las vacilaciones. Hay lagunas que ustedes han de completar con su imaginación. Hay frases que parecen paradójicas porque el autor no tuvo tiempo de depurarlas o expresarlas de otra manera y no quiso eliminarlas del manuscrito. Hay obstáculos que él pasó por alto consciente o inconscientemente. (Pero no se dejen engañar por dichos obstáculos. A menudo tan sólo son aparentes. Y si el autor no los ha mencionado, no siempre significa que los ha eludido, sino que, pensándolo mejor, se convenció de que no resistirían y siguió adelante).

En un libro improvisado, febril y dramático, todo los invita a llevar un control. Pero entendámonos: no se trata de un *espíritu crítico* permanentemente en guardia, sino de una lucidez simpática. El *espíritu crítico* no pinta nada aquí. Alcanzaría una victoria muy fácil. No se trata de *pillar* al autor con distintas insuficiencias, contradicciones e incluso incoherencias. Por favor, créanme que soy tan inteligente como cualquiera de ustedes y que yo mismo soy consciente de todos los fallos y abusos de confianza de este libro. No obstante, los he conservado. Sea porque desde que los escribí he modificado tanto mis opiniones (o, mejor dicho, he elegido *otros* puntos de vista) que esos errores de hace unos años ya no me interesan, pues ya no son míos, o ya sea porque se presentan en un sistema de paréntesis y divagaciones que siguen siendo interesantes por sí mismos, sean cuales fueren las conclusiones a las que lleven.

Así pues, mantengan el control y la guardia contra las tentaciones dramáticas, pero renuncien al juego de pillarme con las manos en la masa. Dicho sea entre nosotros, ¿qué

importancia pueden tener todos mis *errores* o los de otros? Los errores de un hombre son graves tan sólo si detrás de ellos únicamente se ocultan la mediocridad, la suficiencia o la integridad profesional. Si un autor de manuales de filosofía comete errores de lógica o de historia, entonces sí es grave. Si los cometen un economista, un historiador o un crítico, consciente o inconscientemente, es incluso muy grave. Pero ¿qué importan los errores, las contradicciones o las incoherencias en un libro como el que tienen delante? Yo no hago historia ni crítica ni filosofía. Es más, aunque hiciera filosofía o historia y abordase en mis escritos interpretaciones nuevas o puntos de vista inéditos, aun entonces mis *errores* carecerían de importancia. (Naturalmente, si propusiera algo efectivo, nuevo o importante). Mi profesor de persa Lucian Bogdanof empezaba su clase mostrándonos en la primera página de *Grundriss der neu persischen Etymologie* de Horn errores tan gordos que, según decía, si los hiciésemos nosotros, suspenderíamos el examen. Pero añadía: «Me gustaría que después de veinticinco años de estudios pudieran ustedes asimilar sólo la mitad de la sustancia de este libro genial». ¿Y acaso no ocurre lo mismo en la filosofía? ¿No están acaso llenos de *errores* todos los sistemas que en verdad han fecundado el tiempo y han avanzado un paso en el conocimiento filosófico? Sólo los comentarios son perfectos, los resúmenes y las monografías.

He aquí por qué no me dan miedo los errores que me he visto obligado a cometer y que espero seguir cometiendo mientras siga siendo un ser vivo. Y ello no porque suponga que he *creado* sabe Dios qué *sistema* de pensamiento con el que pudiera enorgullecerme, sino sencillamente porque el presente libro debe juzgarse con otros criterios. Pero, en primer término, tienen que fiarse de mi palabra. Barrunto lo difícil que es eso, y por esa razón no quise dejar este libro sin introducción. Es difícil, porque cualquiera puede presentarse

ante ustedes con idéntica técnica dramática rechazando justificarse con argumentos. La sinceridad y la autenticidad pueden ser, ellas incluso, perfectamente simuladas. Yo lo he intentado varias veces y he obtenido efectos impresionantes. No obstante, fiense de mis palabras, por favor. Los ayudaré a que me otorguen esta confianza.

En primer lugar, muchas, muchísimas páginas de este libro no me pertenecen. Hoy me negaría a escribirlas. He aprendido y he olvidado muchas cosas desde que las escribí. Vuelvo a publicarlas hoy precisamente porque creo en la pureza de las fuentes que las han nutrido, porque sé cómo se escribieron: por la acuciante necesidad de decir una cosa urgente y capital que nunca pude decir del todo.

En segundo lugar, he de confesarles que, en lo más recóndito de mi alma, soy un poco diferente de como aparezco en este libro o en los otros. Soy una persona muy correcta con los textos ajenos, puedo trabajar hasta cinco años para escribir un pequeño tratado científico. Soy muy apresurado cuando se trata de poner por escrito mis pensamientos y sentimientos. Pero tengo una infinidad de escrúpulos en todo lo referente a la técnica, la erudición y el pensamiento. En el presente libro, tanto la técnica como la erudición y el pensamiento se desprecian desde cierto punto de vista: el de la creación y la historia que se hace. Mas, al igual que los adornos, pueden despreciarse tan sólo cuando uno los tiene en abundancia.

Así pues, si me otorgan cierta confianza, si leen las páginas que siguen con lucidez simpatética, sin usar una crítica o gramática que aquí están de más, encontrarán una serie de divagaciones que podrían interesarles. Lo terrible en un texto dramático es que éstas aparecen, al fin y a la postre, como divagaciones. Todos los apocalipsis aparecen así, al igual que todos los fraudes literarios. Cuando uno quiere decir apresuradamente algo esencial, no sólo lo dice de

forma dramática, sino en cierto modo ridícula. En lo que a mí respecta, eso no me asusta. Divagaciones ridículas parecen todas las cosas fundamentales, esenciales e irreversibles de nuestra existencia. Una declaración de amor es una divagación ridícula para una tercera persona. Una agonía expresada con palabras es también una divagación ridícula. ¿Y qué otras no lo son? El hambre, la embriaguez, la caridad, la alegría... ¿Conocen un balbuceo más ridículo que la expresión de esas vivencias decisivas y esenciales de una persona verdadera?

De modo que no es la divagación lo que me asusta. Como decía en alguna parte, incluso en este mismo libro, creo que una auténtica divagación coincide con el acto mismo de la vida: la evolución, el crecimiento, la insensible transformación orgánica. Lo que me da miedo es que, en razón al carácter alerta y familiar de estas divagaciones, el lector se deje arrastrar y pase por alto el nuevo sentido que, en el presente libro, tienen una serie de palabras usuales. Se lo advierto sin el menor rastro de orgullo ni de engreimiento literario. Aquí se trata de algo muy distinto. Un texto dramático, una divagación pura, fascinada por el objetivo que quiere hacer accesible, que quiere precisar, descuida en su proceso de expresión la precisión semántica. Cuando se quiere describir con empeño algo que uno está viendo claramente delante de él, obsesionado por precisar sus perfiles, se expresa al azar. Elige la primera palabra que le viene a la pluma. La presencia de la idea que quiere dejar clara es demasiado inquietante para su vocabulario. Por eso, una serie de palabras (aventura, experiencia, tiempo, acto, pensamiento, suceso, etc.) adquieren aquí nuevos sentidos. Basta un poco de atención y benevolencia para que el contexto las aclare suficientemente.

El título de este volumen, *Oceanografía*, no respeta en absoluto el carácter de divagación y de improvisación de estas

páginas. Un análisis oceanográfico supone una técnica bien controlada, gran paciencia y, de modo especial, una capacidad de análisis precisa de las que no he dado prueba en este libro. Sin embargo, el título de *Oceanografía* sí tiene cierto sentido. Un sentido que valoro hoy en día. Y para aclararlo me permito reproducir aquí un artículo publicado con el mismo título hace mucho.

No tengo de ningún modo la impresión de que las zonas menos iluminadas de un alma contemporánea sean las llamadas actividades subconscientes e inconscientes. Al contrario, creo que las oscuridades más impermeables y peligrosas se encuentran en los gestos e intenciones que todo el mundo considera claros, evidentes, simples y eternamente válidos. Pregunten a su alrededor por los actos *más inmediatos y decisivos y comprobarán cuán confusos, inertes y complejos* permanecen en la sensibilidad e inteligencia de la gente. Una persona puede decirles muchas cosas sobre su memoria, sus sueños y prejuicios, sobre sus dudas, nostalgias y pesares, mas será incapaz de ligar dos frases coherentes acerca de algo considerado esencial o comprensible por sí mismo, por ejemplo, por qué hace tal cosa, por qué habla, por qué se marcha cada mañana a trabajar o bien por qué tiene la seguridad de que una cosa es buena y otra mala, que hay que hacer una y que es menester evitar u ocultar otra, etc.

Me parecen mucho más oscuros y complejos estos *sencillos* actos que cada uno de nosotros repetimos durante toda una vida sin cuestionarnos su validez o eficacia, por estar convencidos de que deben ser así y de que han de seguir siéndolo. No hay que buscar las supersticiones¹ únicamente en lo que a nosotros nos parece *oscuro*; supersticiosas son las mismísimas acciones básicas de nuestra vida psíquica. O sea, participan de un automatismo en el que nosotros nunca intentamos intervenir; las

1. N. del T. La palabra *superstitiē* significa en rumano exactamente lo mismo que la española *superstición*. No obstante, Eliade, en sus escritos de los años treinta, la usa a menudo con el sentido de *prejuicio*.

hacemos por miedo o por hábito; creemos en su realidad sin examinarlas; tampoco intentamos superarlas ni modificarlas; en una palabra, la vida nos vive, no somos nosotros los que vivimos la vida; y la superstición perfecta consiste justamente en renunciar por completo a toda autonomía, todo arbitraje y toda libertad. Somos autómatas cuando nos volvemos supersticiosos. Y en ninguna parte hay más supersticiones que en la conciencia de un moderno instruido y experimentado en las ciencias del siglo.

Nos equivocamos cuando consideramos supersticiosos a los pueblos *primitivos* o a las otras razas. Sus supersticiones tan sólo son fracasos ante una intuición precisa del mundo. Son comprensiones erróneas o imperfectas, fragmentos de una visión global, de una *Weltanschauung*,² pero son vivas, constituyen el ámbito orgánico de una experiencia perpetua, tienen una estructura.

Los auténticos supersticiosos son los modernos, los civilizados, no los *salvajes*. Porque en su conciencia actúa una serie de automatismos, sobre los cuales nadie se hace la menor pregunta, y con los que se convive hasta la muerte. El difunto positivismo fue especialmente fecundo en el sistema de supersticiones que tanto la élite como el público abrazaron con una incoherencia y seguridad sorprendentes. Después de tantas generaciones impotentes, incapaces de pensar en realidades, sino haciéndolo de forma automática y supersticiosa, me parece que la inteligencia misma se ha alterado. En cierto sentido, puede hablarse del crepúsculo de la inteligencia en nuestra civilización.

La validez de la inteligencia no reside sólo en su perfecto funcionamiento, sino de manera especial en su aplicación al objeto necesario. La inteligencia puede funcionar perfectamente incluso sobre un objeto distinto al requerido por el acto de pensar. Por ello hay tantas personas inteligentes entre nosotros: porque entramos en una nueva escolástica, en el sentido peyorativo del término. Pensamos perfectamente,

2. N. del T. En alemán en el original.

pensamos magníficamente, pero no en objetos *buenos*, no en los objetos requeridos. Hay una infinidad de *objetos* que se le escapan a un moderno (por razones que no vamos a considerar aquí, aunque su historia es fascinante y edificante); por ejemplo, lo incomprendible del símbolo en nuestro tiempo. Los más hábiles pensadores contemporáneos son incapaces de entender *directamente* un simbolismo orgánico, como sería el de una cultura extranjera (ya sea asiática o amerindia) o el de un hermetismo europeo anterior a las Luces. Necesitan una *clave*, un instrumento con el que abrir automáticamente ese sistema simbólico. Más aún: son incapaces de pensar de manera simbólica, porque tienen un supersticioso temor a la superstición, y eso los paraliza. Pues bien, el símbolo me parece un objeto esencial a la inteligencia. Creo que los juicios simbólicos, al igual que las intuiciones simbólicas, no pueden faltar en ninguna inteligencia que se tenga por válida y completa. El símbolo es indispensable para una visión libre y personal de la existencia, y esa laguna en el pensamiento de un moderno me da mucho que pensar.

Pero eso no es todo. Tomen el problema ontológico o antropológico y verán cómo ha perdido su sentido en la mente de los contemporáneos e incluso de los profesores de filosofía. Entender el sentido de la existencia es hoy algo extremadamente raro para un moderno. Entender al hombre o a su destino es más raro aún. Todo esto nos lleva a preguntarnos si la inteligencia no habrá funcionado durante mucho tiempo en el vacío, ejercitándose sobre objetos ajenos o sobre menos objetos de los absolutamente indispensables. La mayoría de las personas que he conocido se negaban a aceptar todas las preguntas que les planteaban. La superstición más peligrosa es la de hacer caso omiso de ciertas preguntas fundamentales o resolverlas de manera automática mediante una sencilla fórmula que, sometida a un análisis más profundo, resulta estar desprovista de sentido.

Un ejercicio reconfortante y fuerte es encontrar esas faltas de sentido en la mismísima vida diaria de los modernos. Por eso decía al principio que las zonas menos iluminadas se hallan

en su supuesta luz, en los actos e intelección ordinarios. Se ha hablado de la mecanización, y esa expresión ha circulado con éxito desde la guerra hasta ahora. Pero no comprendo qué tienen que ver las máquinas con las personas. Renunciar a lo humano conduce al embrutecimiento o al diablo, jamás a la máquina. Es absurdo creer que una mecanización completa transforma al hombre en máquina. No, lo transforma en bestia. La máquina tiene una (llamémosla así) *psicología* muy simple; es ciega, es transparente en sus deseos y posibilidades, es sobre todo el icono de una orden interior y de un sentido de la jerarquía enormemente impresionante. No debemos tener miedo de las máquinas ni rehuir la relación con ellas. Ahora que *lo humano* es tan poco corriente, el espectáculo de las máquinas es una admirable propaganda para el orden, la jerarquía y el estilo. Tiene también la técnica cierto clasicismo que podemos potenciar y promocionar. El peligro viene de la bestia o del espíritu del mal, de la libertad mal entendida y del libertinaje. Y eso no lo provoca el maquinismo, sino la falta de sentido de un sorprendente número de actos esenciales en la vida de todos los modernos.

Hay a nuestro alrededor personas que entienden muchísimas cosas, pero nunca se han preguntado por qué viven, por qué aceptan los criterios éticos de toda la sociedad, por qué huyen de la sinceridad o por qué soportan día tras día una existencia que podría ser mejor. Sin embargo, tales preguntas no pertenecen a la clase de adivinanzas que llamamos *problemáticas* y de las que podríamos prescindir sin muchos inconvenientes, sino que deberían surgir del papel mismo de la conciencia, deberían provocar un atroz dolor hora tras hora mientras permanezcan sin resolver. Hay algo urgente y decisivo en su formulación. No obstante, aunque se supone que están tras todo acto *claro* y *simple* de nuestra vida cotidiana, siempre permanecen olvidadas, sin resolver. Y, mientras, la gente cree que las resolvieron hace mucho, cuando, por ejemplo, se convencieron de que la tierra era redonda, que no existía Dios, que el hombre descendía del mono, etc.

Una cosecha muy sorprendente y rica está esperando al

investigador de esta oceanografía del alma contemporánea. Espoleados por no sé qué exagerado afán, todos nos arrojamos directamente a las honduras, a las zonas del fermento original y de las *refutaciones* para descifrar un poco mejor la vida psíquica. No es menester bajar tanto. Los grandes enigmas los encontramos en la superficie, a plena luz y plena simplicidad.

Ese intento de examinar la vida cotidiana del alma, de resolver de nuevo seriamente los problemas sencillos (a los que nadie toma en consideración, ya sea porque son demasiado grandes o demasiado sencillos) la llamo *oceanografía*. Puesto que lo que más me inquieta de mis contemporáneos (y a menudo de mí mismo) es ese extraño olvido del sentido primero de la existencia, ese desinterés por las necesidades más urgentes de nuestra inteligencia. Hay personas que todo lo saben de la ética y que nunca se han preguntado lo que significa una verdadera amistad. Hay otras que presumen de haber hecho cosas y haber resuelto problemas, cuando su simple presencia es un auténtico portento. Todas las palabras de nuestro vocabulario más corriente ocultan milagros. Basta con que se den cuenta de ellos. Buena parte de las páginas de la primera parte de este libro se escribieron para que algunas personas vieran esos milagros.

Sin duda, no puedo decir que todo lo que escribí antaño lo acepto por completo hoy. Pero me parece que esas cosas no tienen ninguna relación conmigo, con lo que pienso hoy. Quizá lo que a mí me esté pasando hoy por la cabeza sea construir todo un *sistema*; entonces, me vería obligado a sacrificar un sinfín de ideas, ya que tendría que colocarlas una al lado de otra de forma correcta y armónica. Esta ambición mía no tiene nada que ver con el lector, con sus gustos y necesidades. Completar el pensamiento de un hombre es algo que le compete a él mismo y sólo a él. Sus experiencias y etapas, si realmente son *actos* en el sentido expuesto al ini-

cio de este prólogo, valen siempre por lo que ellas expresan de auténtico y sustancial.

Quiero llamar su atención también sobre otro grupo de páginas, la recopilación de fragmentos al final del libro. No se dejen engañar por su aspecto concentrado, lacónico y en cierto modo sentencioso. No están copiados del cuaderno de un filósofo, sino del diario de un hombre joven. Son cortos, porque los escribí sin prisas. Son esquemáticos porque, en primer lugar, los escribí para mí mismo, para aclararme yo. Siempre me proponía volver sobre ellos, coordinarlos y presentarlos como un todo orgánico. No lo había hecho hasta ahora por muchos y diversos motivos. Pero no me cabe duda de que, tal y como se presentan, pueden ser interesantes por lo que tienen de experiencia y observación personal o por sus virtudes de controversia.

Ahora que me encuentro ante un montón de folios en blanco, veo que tengo tantas cosas que decir que, si me dejara llevar, rebasaría los límites impuestos a un prólogo. Tal vez algunas de ellas las haya escrito en el libro. Las cosas que se dicen a menudo y con sinceridad se olvidan enseguida. Me alegraría mucho saber que ustedes encontrarán la continuación acto seguido, en la primera página que les espera, impresa desde hace mucho tiempo.

MIRCEA ELIADE
Octubre de 1934